

# HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 789

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-  
ses 7'50 PESETAS.  
Comunicados á precios convencionales  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 23 DE OCTUBRE DE 1900

## PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea  
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.  
En primera. . . . . 00'20 id. id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 15

## BENEDICTINE

LICOR EXQUISITO

Tómese una Copita después de la Comida,  
ayuda la digestión y no irrita.

## RÁPIDA

«No queremos camarillas que nos deshonren.» (Manifiesto de Manzanares, 1854.) «Queremos poder explicar las causas de las crisis en el seno de nuestras familias, sin que el rubor de la vergüenza nos ahogue.» (Manifiesto de Cádiz, 1868.) «Queremos que las crisis se resuelvan en beneficio de la patria, prescindiendo de conveniencias de familia ó personales, y que desaparezca un turno forzoso que se basa en concupiscencias y ambiciones bochornosas, huérfanas de todo ideal político y patriótico.» (Manifiesto revolucionario de... 19...)

No valía la pena de perturbar al país con crisis, solo al objeto de cambiar unos personajes por otros en las carteras y repartir unas docenas de credenciales entre los adeptos.

Cuando los ideales brillan por su ausencia y sólo impelen las ambiciones personales, cada crisis es un avance para el descreimiento, aumenta la indiferencia, anula la fé y mata las nobles aspiraciones de los que sienten en su pecho el sentimiento del amor patrio.

Por este camino, dentro de poco, este será un país histórico, incapaz de toda regeneración.

¿Puede ser esto? ¿Es posible continuar así por mucho tiempo?

Que lo digan los hombres honrados que piensan y sienten, los estadistas de buena fé que aspiran á la regeneración patria, si es que alguno queda por ahí.

O el país en masa se une y organiza de un modo potente para oponer un dique á ese nepotismo absorbente, ó somos perdidos.

¿Cómo? ¿De qué modo? En otros tiempos hubiésemos indicado una solución, hoy no nos atrevemos. ¿Quedan acaso hombres? Esto es lo que interesa saber. ¡1854! ¡1868! Dos fechas memorables que indican que todavía había patriotas en aquellos tiempos. ¿Habría alguien que se atreva á decir hoy: Todavía hay patria Veremundo?

Pues que salga; probemos si hay país, que aún abrigamos la fundada esperanza de que existe.

¡No aguardemos que la avalancha de la desesperación nos coja descuidados, sin haber prevenido sus efectos, porque entonces ¡ay de todos!

Y el rumor se siente ya y la brisa húmeda que anuncia la tempestad, la sentimos en el rostro. ¿Tardará mucho? ¿Tardará poco? Sólo Dios lo sabe; porque los hombres lo ignoran por completo, es más; ¿quién sabe siquiera si la esperan?

## DE MADRID Á MURCIA

### La solución de la crisis

La crisis, como cosa convenida de antemano, ha tenido hoy una solución: solución que no ha agradado á los liberales, por el temor de que las cosas puedan tomar rumbos diferentes á los que ellos desean para dentro de tres meses, en que se habrá realizado la boda.

El albacea de Silvela recuerda lo que le sucedió cuando fué testamentario de la tragedia de Santa Agueda, y se prepara á no sufrir igual descalabro, y además, porque segundas partes siempre suelen ser malas.

El general Azeárraga, en quien predomina la bondad de carácter, contaba con el duque para desde el gobierno imprimir nueva marcha al partido conservador; pero el Sr. Silvela, que odia á Tetuán, previendo estas indicaciones del nuevo presidente, se apresuró á ratificarle su concurso incondicional pero con una limitación; la de que no había de solicitar

el concurso de su íntimo el duque, limitación á la que tuvo que resignarse el Sr. Azeárraga, siquiera por ahora.

Desde este momento, ya se pensó en llenar solo los puestos de los ministros dimitidos, continuando los demás en sus sitios, y para ello conferenció el general con sus íntimos los Sres. Ugarte y Sanchez Toca, á quienes ofreció las carteras de Gobernación y Obras públicas respectivamente, ofrecimientos que fueron aceptados *ad maiorem dei gloriam* y por servir al padrino.

Seguidamente, marchó Azeárraga á conferenciar con Silvela.

La entrevista fué larga y muy reservada, pero desde el momento se dió como resuelta la crisis.

El inconveniente era buscar ministro de Marina, toda vez que después de haber pasado los marinos por la humillación de verse presididos por un elemento civil, nadie se presta á desempeñar la cartera de Marina.

Pero por todo el día de mañana se buscará y no faltará un roto para el descosido.

### Weyler no se va

Ya ni siquiera preocupa tanto la crisis como la situación del general Weyler.

Ha supuesto la mayoría que, al dimitir Silvela y los demás ministros, Weyler, nombrado por Linares Pombo, dejaría la capitania general de Madrid antes de tomar posesión del cargo.

Pero D. Valeriano ha dicho con la franqueza propia de un militar:

—Yo no me marcho.

«Sin falta ninguna hoy quiero tomar posesión de mi cargo.»

«El que quiera que se vaya.»

«Y hasta que no me echen, aquí me quedo.»

Esto ha causado asombro á muchos que no conocen el carácter del general Weyler, y ha producido inquietud á determinados elementos.

22 Octubre 1900.

## La Unión Nacional

Acuerdos de los gremios.—Romero y Paraiso.—Una carta.—Los trabajos del Sr. Bermejo.—Suspensión denegada.

Varios organismos obreros de la provincia de Cádiz, acordarán en la reunión de hoy retirarse de la Unión Nacional, adoptando actitud igual á la de los gremios de Madrid, que preside el señor Bermejo. Probablemente, en el banquete con que éstos obsequiarán en la corte al Sr. Romero Robledo, se declararán conformes en secundarle en sus manifestaciones de orden económico, siendo este el primer paso para la inteligencia.

A dicho acto acudirán representaciones de los gremios de esta y otras provincias andaluzas, según los últimos acuerdos.

Algunas personalidades de la Unión Nacional, reconocen que el Sr. Paraiso pierde una fuerza considerable con la disgregación de la union gremial.

En estos trabajos para conseguir la incorporación de los gremios al campo romerista, lleva la batuta el Sr. Bermejo, miembro del Directorio de la Unión y de la Junta directiva del partido republicano progresista.

La Junta sindical está nuevamente autorizada por la general para resolver lo que estime oportuno, y como aquella representa á los gremios, todos delegan por compañerismo en el Sr. Bermejo, depositando en él su confianza. De aquí la transcendencia de los acuerdos.

En la Asamblea que se celebrará hoy en el Teatro-Circo, se dará cuenta de un

telegrama recibido de la Junta sindical de los gremios de Madrid, saludando á los organismos congregados para protestar del mitin de la Unión Nacional organizado por el Círculo de la Unión Mercantil y adhiriéndose á los acuerdos que se tomen en esta ciudad.

Estos serán, en vista de la organización de los pueblos de la provincia, de la dimisión de Paraiso y de ciertos trabajos electorales de individuos del Directorio, declarar en primer término que la Unión Nacional no puede responder á los males del país como las circunstancias exigen, por haberse separado del programa trazado en Zaragoza; en vista de todo lo cual los gremios obrarán en adelante por cuenta propia, constituyendo organismos populares que los representen, sin otra intervención.



### El Dr. Velasco

A él debe España un Museo Antropológico de suma importancia y utilidad; mas aunque tal deuda no existiera, el nombre del doctor en Medicina D. Pedro Gonzalez de Velasco sería pronunciado con sentida veneración y figuraría, como figura, entre los de los españoles más ilustres y dignos de la inmortalidad, y entre los que cuyas vidas son ejemplos de lo que puede el propio esfuerzo cuando se posee un alma animosa y un bien arraigado deseo de llegar á la cumbre de sus ideales; por que la de tan insigne apóstol de la ciencia, fué una vida de estudio, de trabajo,



de privaciones, de actividad, de sacrificios, de abnegaciones; toda ella consagrada á las ciencias médicas, para las que nació y vivió, para las que le parecieron siempre mezquinas las fatigas y desva-

los por ellas sufridos.

El Dr. Velasco nació en Valseca de Bienes (Segovia) el 23 de Octubre de 1815 y sus padres fueron unos labradores de muy escasa fortuna, lo que no fué impedimento para que su hijo cursara la instrucción primaria en su pueblo natal y latín y filosofía en Segovia, si bien en esta, á causa de la escasez de recursos, acudía á recibir la legendaria sopa de los conventos; pero su mala suerte le condujo á las filas del ejército antes de que terminara los estudios, y sirvió á la patria y fué tan buen soldado como estudiante había sido. Al terminar su compromiso con la patria, se encontró huérfano, desvalido y sin tener persona querida á quien acudir en demanda de consuelo; pero lejos de arredrarse al verse tan combatido por la fatalidad, decidió trasladarse á Madrid animado por su deseo de estudiar para conquistarse la posición con que sus planes de estudiante le hacían soñar.

En Madrid, á donde llegó el 18 de Octubre de 1836 con un caudal de siete pesetas y media, tuvo por primer albergue la morada de unos infelices albañiles que se dolieron de su suerte y lo recogieron, á los cuales pagó años después tan señalados servicios, arrancándoles de las garras de la miseria y disputando sus vidas á la muerte.

Gracias á las recomendaciones de un antiguo compañero de armas, ingresó de practicante supernumerario en el hospital militar de Santa Isabel, y al propio tiempo cursaba los estudios de la carrera de Medicina y prestaba sus servicios como fámulo en un colegio de 2.ª enseñanza, cuyo director le daba casa, comida y tres duros mensuales. Tres años sirvió de tal forma, al cabo de los cuales obtuvo el nombramiento de practicante efectivo, y á los siete había concluido la carrera de cirujano y era bachiller por oposición, en la Facultad de Medicina, luego, por último, á fuerza de trabajo, de privaciones, de estudio incesante y ga-

nando en todos los cursos la nota de sobresaliente, recibió el título de licenciado, conquistó la borla de doctor y empezó á ejercer su augusta profesión con entusiasmo y fortuna.

Ocupado el puesto que su noble ambición apetecía, el doctor Velasco continuó tan activo, laborioso y amante del más allá como antes de conquistarlo, é hizo estudios que llevaron su nombre á todos los centros científicos de Europa y América: fué director de los museos anatómicos de Madrid, catedrático de Operaciones de la Facultad de Medicina, consejero de Sanidad, miembro de diversas corporaciones científicas de España y del extranjero y se vió honrado con varias condecoraciones, honores con que rindieron culto á su saber diversos soberanos.

Su larga vida tuvo un remate digno de ella y que coronó de gloria al doctor Velasco al mismo tiempo que inmortalizaba en nombre: la fundación del Museo Antropológico de Madrid, hecha por su propia iniciativa y á sus expensas.

Tan ilustre bienhechor de la Humanidad falleció el 21 de Octubre de 1882, y su cuerpo fué sepultado en el mencionado Museo.

Hernando de Acevedo

## A UNA JOVEN

Todo está por formarse en tu figura,  
como ahora están los brotes replegados;  
son tus labios dos pétalos cerrados  
donde no entró del sol la llama pura.  
Del sagrario que encierra en su clausura  
tu manantial de afectos delicados,  
no hinchó el amor los cálices sagrados  
llenándolos de fuego y de ternura.  
Tus trece abriles, virgen inocente,  
aún no ciñen el arco de tu frente  
las rosas del rubor de las doncellas.  
Las flores del almendra son tus flores,  
y arrojan en tu frente resplandores  
como un círculo espléndido de estrellas.

Salvador Rueda.

## BATURRILLO

Dos asuntos preocupan á la opinión y son objeto de todas las conversaciones. La crisis y la lluvia.

Pero es tan incesante, tan copiosa esta última en nuestra región, que á fuerza de oír llover, casi, casi nos olvidamos de aquella.

Que para nosotros, está resultando una crisis pasada por agua.

Sin embargo, no hay que mirar con indiferencia esta crisis, á la que algun periódico califica de bufa.

Hay algo en ella que preocupa hondamente.

Ha sido una partida de tresillo, en la que, al arrastre de espada han caído los triunfos mayores.

¿Quién dará bola?  
¿Quién sufrirá un codillo?

En estos momentos recordamos aquel diálogo de una zarzuelita, en la que dos miedosos dicen así:

—Compadre, ¿eso es jindama?  
—No, hombre, eso es... prudencia.

Silvela dimitió.  
Y Azeárraga ha formado gobierno.  
Pero, según vemos, D. Paco continúa haciendo de Presidente del Consejo.

Él asegura esto, él afirma lo otro, él niega que se aplaee la apertura de las Cortes, y, en fin, él sigue trayendo y llevando....

Y preguntamos nosotros.  
¿Porqué ha hecho dimisión, con carácter de irrevocable, el Sr. Silvela?  
¿Misterio!... ¡Misterio!

¿Y el Duque de Tetuán?  
Bueno. Gracias.

Algo hay en la resolución de la crisis que nos sirve de consuelo.

Como en el nuevo ministerio entran, según la frase vulgar, los mismos perros con los mismos collares, hemos deducido la consecuencia de que nuestro alcalde, á quien queremos de veras, seguirá empuñando la vara.

¡Albricias, D. Diego! Así podrá V. llegar á ver realizados sus ideales...

...Deso volente.

Patricio.

## Las dos montañas

Era un país sin nombre y sin posición geográfica conocida. Uno de esos países como los que forjan los poetas, los señadores ó los que se dedican á fabricar cuentos fantásticos.

Una llanura sin límites; y en el centro de la llanura dos montañas, una más alta que la otra: bastante más alta, sin llegar á ser colosal. La montaña más baja era un encanto; y á no estar devorada en sus entrañas por pasiones muy parecidas á las que roen las entrañas del hombre, hubiera podido ser muy feliz, porque era un verdadero paraíso.

De sus cúspides bajaban multitud de valles alegres y pintorescos que, como ríos de verdura, venían á desembocar en la extensa planicie.

Tenía arroyos cristalinos y lagos azules, y cascadas espumantes, y bosques en que la sombra y la luz se mezclaban con alegres é imprevistos contrastes.

Tenía muchas flores y muchos pájaros. De suerte que con el susurro de los arroyuelos y el canto de los pájaros, parecía que todos aquellos valles y la montaña entera se estaban constantemente riendo, y que las flores con sus colores vivos eran, las encarnadas labios que se abren á la risa ó al canto; las azules, ojos innumerables que regocijados miran al cielo.

La montaña era una perpétua alegría deshaciéndose en hojas verdes, en blancas espumas, en trinos y en colores.

La alegría danzando en las ramas, jugando al escondite entre las sombras y las luces de las selvas, subiendo á las copas de los árboles á la cima de la montaña para mirar á lo infinito.

Rumores y brisas estremecían de regocijo las flores, el follaje y las aguas.

La montaña debía ser muy feliz. Toda ella rebosaba amor. En todos los árboles había nidios. Sobre todas las flores revoloteaban mariposas, y en los mismos cálices de las flores el amor hacía nuevos nidios de color.

La vida palpitaba en todas partes, y mientras el agua corría alegre y espumosa, por los troncos de los árboles circulaba la sávia como torrente misterioso de vida. No había átomo ai en las rocas, ni en la tierra, ni en las plantas, ni en los ríos, ni en la atmósfera, que no palpitase difundiendo suavísimo calor.

La montaña debía ser muy feliz, repetimos, y aparentemente lo era. Ni un quejido, ni un sacudimiento de dolor, ni una sombra siniestra, ni un reptil venenoso, ni una planta de esas cuya sombra mata.

Pero esto era en la apariencia. En el centro de la montaña había un fuego oculto, maldito, roedor; fuego sin llama, fuego sin luz: el fuego de la envidia.

La montaña pequeña estaba envidiosa de la grande; y mientras se refa en la superficie con las espumas de sus arroyuelos y el trinar de sus pájaros, se retorcía de envidia bajo tierra.

¿Por qué estaba envidiosa de la montaña alta? Por eso; porque era más alta que ella. No era más hermosa; no era más alegre; no era más feliz; pero era más alta.

Tenía selvas muy oscuras, tan oscuras que daban miedo. Tenía ríos muy grandes; pero que á veces se desbordaban y todo lo destruían. Acaso un águila se posaba en su cumbre; pero en cambio tenía menos pájaros y menos mariposas que la montaña pequeña; y por entre la hierba de sus laderas y por entre la hojarasca de sus selvas solían deslizarse reptiles.

Pero esto desde lejos, desde la montaña pequeña, no se veía: lo que se veía

